

Este estado lamentable, fruto de ideas raras, y perversas teorías, es efecto preciso y fatalísimo de la confusión que mina nuestros organismos, y que siembra tormentas en el seno de las colectividades. Abiertos los surcos, por tales derroteros, no pueden venir ya, sino tempestades recias, destrucción, la misma muerte.

El relámpago cruza por la esfera hiriendo nuestra vista de continuo: no aguardemos al estampido horrisono del trueno, para enarbolarse sobre nuestra comun vivienda el pararrayos salvador.

Una es la fe, una la verdad, una la ciencia, uno el principio y fin de cuanto hay creado, uno solo el objeto de nuestra combatida existencia.

Esto es lo cierto, lo real y lo inmutable; hablen como quieran las gentes, digan cuanto digan los libros, de aquí á la consumación de los tiempos, á pesar de propagandas nocivas y predicaciones trastornadoras, de luchas sordas ó guerras tan crudas como descaradas; y publicarlo en todos sitios, y repetirlo en todos tonos, debe constituir hoy para los espíritus rectos y generosos, una misión sagrada y un sacerdocio inexcusable. El apostolado de la suprema ciencia, contenida en los diez preceptos, que esculpió mano inmortal, sobre la piedra dura, en lo alto del Sinai, y la ciencia del apostolado que se aprende en Escrituras venerandas, cuya verdad fidelísima no han podido borrar aunadas, la acción de los siglos y las inclemencias de los hombres.

No deja de ser tarea ardua, la que lega el siglo agonizante el nuevo que se avecina, pero es de trascendental urgencia, y la necesidad reclama á grandes voces íntima unión y común esfuerzo, para auxiliar á los hombres de buena voluntad en la empresa regeneradora; máxime, cuando por la manera de ser de nuestra raza, prevenida merced á malvados consejos contra hábitos y libreas monacales, ha de ser más eficaz y poderosa la acción de la palabra seglar y del social ejemplo, más fructífera la propaganda constante, de la prensa, llamada á formar el espíritu y á dirigir la opinión de las gentes: del que vista levita ó decore su personalidad con las insignias del mando ó del prestigio sobre las muchedumbres: del alto como del bajo, del grande como del pequeño; que por algo escribió el Evangelista y lo repite la Iglesia en sus cuaresmales oficios, aquella parábola sobre la viña del Señor, de la cual somos todos, ricos y sabios, pobres y chicos al par que sarmientos preciadísimos, morosos cultivadores.

Y por afirmarnos más en la posesión de las verdades eternas é irrefragables y fortalecernos con el ejemplo de heroísmos canonizados, solemniza en dos días que se siguen, el recuerdo venerable de un por-